

Dónde me quieres

Patty Saavedra



Capítulo 1

1

19 de Enero, 2008

Alguna canción suena a mi espalda, llevo cinco copas bebidas, no es que lleve la cuenta de las que he tomado en todo el día, perdería mi tiempo. Sé que a esta hora, las diez con veinte de la noche llevo cinco bebidas en el barra, y también sé que apenas llegue a la habitación me avente en la licorera hasta bebérmela por completo.

Luego estuve nadando como sirena mientras bebía de la botella, tire el trago por la ventana y grite algo que ni yo me explico.

-Trágate mi culo – había lanzado las copas hasta escuchar el estrellar del cristal romperse a lo lejos de los pisos del hotel Palms y cabe aclarar que estoy en el piso más alto y caro de todas las Vegas.

Mantuve la visión centrada en aquella nube a lo lejos mientras empezaban a bullir las burbujas de la piscina, muevo los pies y me imagino teniendo otra vida y aunque la mia no está mal desearía tener más dinero. Bebo la siguiente copa un: Adán y Eva.

Si tuviera amigas sabría mejor, tal vez estaríamos riendo de las bobadas que haremos en toda la noche, que bailaríamos con varios hombres y que beberíamos hasta perder la conciencia.

¡Pero no! sigo sola.

La gente que se encuentra ajenos a mi palabras, bailan como trompos, dan giros y se sonríen. Levantan los brazos y yo también lo hago. No porque me esté divirtiendo sino porque he estado a centímetros del sueño y me he dado en el trasero.

Con tristeza algunos hombres me miran tambalear al levantarme y tras pagar los tragos bailo para salir de la discoteca, he tomado bastante y mañana he de comprar un vuelo para volver a casa.

-¡Hey Guapa! a donde vas – no logro ver demasiado al dueño de esa voz. Entrecierro los ojos y veo el collar de oro que trae colgado - ¿Estás sola?

Sonrió pero no porque él me agrada si no por miedo a esos hombres tras su espalda. Digo que no y busco unas mujeres bailando, no es difícil encontrarlas, el lugar está lleno de ellas, con faldas cortas y pequeñas

prendas, otras con vestidos cortos y tacones.

-¿Fumas? – Veo el rugoso papel blanco hecho a mano, tardo en tomarlo y en aspirar fuertemente. Ellos ríen – Eres toda una experta.

No es en lo único – aparto el trozo y él se niega a volver a tomarlo – no soy adicta – Los hombres se tornan serios y lo entiendo – Gracias, debo marcharme.

Huyo entre la multitud sin mirar atrás, los estafadores y extorsionadores son inteligentes, buscan que me endeude por un par de porros de Marihuana. Me quedo demasiado tiempo bailando en la pista, moviéndome de lado a lado, nadie se interpone o hace ameno de tocarme y es por un momento grato que no sea víctima de las manos callosas de algún viejo excitado.

Cuando empiezo a sentirme sola lanzo mi cabello hacia atrás y me muevo más provocadoramente. El vestido que traigo se ajusta perfectamente a la temática del lugar, diversión. No hago mucho esfuerzo antes de que sienta unas manos sobre la tela.

Aparto el cabello de la parte de atrás y lo acomodo a un lado. Veo sus manos, tiene los dedos largos y uñas muy bien cuidadas. Se frotan en mi estómago haciendo un masaje fuerte para apretarme más a su pecho. No tardó mucho en mirar del lado derecho al hombre, es grande, me ocultaría si me quitara los tacones. Tiene una chaqueta oscura y una camisa de algodón. Subo las manos y muevo más fuerte el trasero en su cintura.

Cuando siento que sus manos suben en dirección a mis pechos, acaricio su cuello, trae la camisa abierta y está demasiado frío dado el clima del lugar. Sus manos vuelven a descender y ascender pero sin tocar nada privado. La canción se mezcla y empieza otra de tono más lento y apasionado. Las luces cambian de color y al momento en que se apagan me giro.

Y no me sorprende al verle, es demasiado atractivo, su cabello sube delicadamente hacia arriba, puede que sea rubio o tal vez castaño claro. Su rostro es suave, es joven pero no demasiado, su nariz es recta y perfilada. Los ojos los trae de color claro, no reconozco que color exactamente por las luces de la discoteca que no ayudan demasiado para descifrarle, pero sé que trae unas pestañas que le combinan a excelencia con su apariencia.

-¿Qué haces aquí? – su voz gruesa tampoco me sorprende.

Sus ojos se clavan en mis pechos y luego en mi boca. Evito evocar una sonrisa al encontrar sus caderas y suavizar su espalda. No bajo demasiado las manos pero la forma que hace su columna rebela el gran

trasero que trae.

-¿Qué haces tú aquí? – Su baile es lento y arremete en buscar mi cuerpo en movimiento. Sus manos en mi cadera se mantienen quietas mientras yo me deleito tocando su pecho y hombros.

Aun no encuentro la razón – su respuesta sale con un poco de resequedad.

De seguro es un hombre trabajador, con esposa, una mujer atlética como él, demasiado bella, pero le ha sido infiel y ahora él está aquí, buscando eliminar el mal recuerdo y negándose a que la mujer de su vida este con otro. Sonríe en cuanto reacomodo su cuello, le miro y no evitó responderle del mismo modo. Quizás no es casado, no lleva argolla y tampoco parece infeliz.

-¿Y que buscas en la vida? – preguntó y acaricio su cabello. Es suave está húmedo, tal vez por la ducha que tomo hace algún tiempo, su piel sigue fresca y huele a la suavidad del jabón de baño y perfume varonil.

Sus ojos revelan lo que en años no he vuelto a ver en la mirada de nadie más que en la de mi padre hace décadas al ver a mi madre. Es esa mirada hogareña, con ese brillo que ancla a un hombre a casarse y tener hijos por montón, ¡Claro! la familia tiene dinero se comprarán una misión donde vivirán a lujos inimaginables.

-Amo esta canción – el hombre en la consola mezcla Walking up in Vegas con alguna otra canción.

-Una mujer – dice con duda al darme vuelta.

Y gracias a Dios que lo hizo, porque no soportaría oler la cursilería de su romanticismo, no dura demasiado la canción de Katy Perry antes de que coloquen otra que todo mundo salta y grita con emoción.

Me aparto del hombre porque no se bailar de ese modo tan alocado aunque solo sea saltar y levantar los brazos. Llego a la barra y pido Aviation, los hombres tras la barra me miran con escepticismo ¿Verán mi pobreza? Lo vuelvo a pedir y veo como el hombre del collar de oro me levanta su copa. Miro al barman de cabello oscuro y se mueven recelosos entre el pequeño espacio tras la barra.

-Invita la casa – dice al mirar al hombre al final de la barra.

Gracias, pero lo pagaré – entrego la tarjeta y cierro los ojos al momento en que él la toma.

Cuando vuelva a Madrid tendré que atarme el estómago porque me estoy gastando todo el dinero de la comida del mes.

-Un Negroni, por favor – el hombre que hace unos segundos bailaba conmigo se reacomoda a mi lado y espera paciente a que le vuelva a hablar.

Lo siento, me han informado que no tomarán su bebida, insisten en que la casa invita – me quedo de hielo y miro al hombre de oro moverse incómodo.

Empiezo a temblar al levantarme, pronto me desmayaré o tal vez pierda la razón y acepte ese trago; sigo estando muy ebria.

Gracias, pero puedo pagar – tomo la tarjeta y me marchó.

Busco la salida entre la multitud evitando que los hombres con cara de matones me sigan de camino al hotel. Me detengo a escasos metros de la entrada y salgo tras decirle al hombre que me busque un auto.

No tarda mucho en llamarlo, pasan gran infinidad por el frente del lugar. Me giro y veo al apuesto caballero salir a grandes pasos.

Abro la puerta en cordialidad y él entra directo detrás de mí.

Sintiendo las punzadas de la noche, me cubro con la mano y evito que los rayos del sol entren hasta mis ojos. El cabello lo traigo enredado entre mi cuerpo. Levanto el dorso y veo que se pone el sol en lo alto de la ciudad.

¡Oh no! – grito al sentir una fuerza en mi dedo anular – ¡Gracias!

Me alegro de que no traiga un anillo, es solo mi cabello enredado entre los dedos. Vuelven a llamar a la puerta pero no me levanto, sigo estando cansada y ebria. La puerta se mueve y por un segundo creo que van a entrar en la habitación.

Doy un traspié y caigo de frente en la alfombra, me duele la nariz. Los dedos los trigo fríos mientras que la cabeza y ahora la nariz me arden de dolor. Empujo la puerta hacia delante y me río por lo estúpida que estoy siendo al abrirla hacia afuera. Jalo de ella y mi jefe se queda con la cara lívida yo lo imito no solo por la hora, si no por las prendas que traigo y el olor alcohol que me acompaña; trato de sonreír con la mano en el puente de la nariz pero él resopla.

-¿Qué tal Adonis?

¡Oh mierda! A esto no era a lo que me refería, cuando te pedí que disfrutaras de la vida era de otro modo, no sé conseguir amigas – Su

mano tira de la mia y me saca – Ocúltate.

Me presta su chaqueta antes de entrar en el cuarto y buscar como un maniático mis cosas. No tarda mucho en encontrar mi vestido. Lo mira con repulsión y lo tira para tomar mis tacones. Levanta algunas cosas y encuentra un par de prendas ajenas. Toma mi teléfono, mi tarjeta de débito y la llave de la habitación.

-¿Dónde está tú equipaje?

-En el aeropuerto.

Le oigo gruñir y me cierro la chaqueta, solo traía el brasier color crema que ocultaba escasamente los pezones y la diminuta tanga a juego. El cabello lo traigo alborotado. Me tira de la mano y me saca a grandes pasos.

-¿Katherine ya está pago el hotel? – Asiento al encontrarnos en recepción – Y con qué dinero.

-Tengo dinero – digo ante la negativa de que estoy en quiebra, los tacones resaltan, son de Versace Fall – venderé algunas cosas.

-¿Qué, tus zapatos? – se ríe al momento en que cancela la habitación a mi nombre con su dinero.

En el avión me trenzo el cabello mientras que mi jefe no para de mover el pie, me mira por tiempos pero lo evito. Nos es que me vaya a quitar el cargo en la empresa por una noche en las vegas, pero sin duda la liare en mí trabajo.

-Sabes cuando era joven nunca llegue a venir a las vegas y menos a hacer el ridículo que me hiciste pasar – miro por la ventana pero aun así el sigue detallándome desde el asiento del frente – Ahora apareces en la prensa como la asistente más cachonda de la historia.

Tira el periódico sobre la mesa y trato de no sonreír al ver mis imágenes. Cuando no soporto me rio fuertemente y él parece relajarse.

-¿Me pase verdad? – acicale mi trenza – ni siquiera se bailar pole.

El ríe y no puedo evitar acompañarlo. No me veo mal, pero es raro verme tan sonriente y experta en ese tubo, cuando en verdad no suelo sonreír y verme relajada.

-Según dice el enunciado te enseñaron en solo palabras – se tapa la boca con un dedo.

Adonis es apuesto y su pongo que en su época era mucho mejor. Ahora aunque ya entro en la vejes se conserva bastante, es bastante alto, trae el cabello rubio y a mi parecer simula ser alemán nato aunque él es de origen irlandés. Sus ojos azules son grandes y la suavidad de sus rasgos faciales también le hace ver más joven de lo que en verdad es.

-Te tomaste mi vino – coloca las manos sobre sus rodillas – Qué haré contigo te has bebido 145 mil dólares, dime.

Lo miro y no respondo, no es que ande de alcohólica día y noche. Si no fuera porque la estúpida taquillera me dio un boleto de avión que no me correspondía, de Italia a las vegas, cuando mi destino era España.

-Me vas a decir que no eras cociente hacia dónde ibas, acaso... - se coloca de malgenio y luego se ríe - ¡Hay dios! No puede ser que un error tan grande pasa delante de tus ojos y no te diste de cuenta.

-Pues... Simplemente no le vi intención de leer el tiquete, solo lo compre y ya. Confié en la venta.

Y como te diste de cuenta de que el boleto no era.

Cuando dijieron el destino al emprender vuelo.

Él no vuelve a decir nada en el regreso a casa, desayunamos y almorzamos en el avión, y aun así no me vuelve a dirigir la palabra.

Quisiera pedirle perdón pero las palabras no me salen, tampoco recuerdo esas horas de perdición y desfachatez que tuve, intento recordarlo, pero todo se evapora.